yo, se rompió una pieza del motor y vi con horror que el globo caía con gran velocidad, hasta que poco después me encontré en el suelo, pasando antes por entre las ramas de los árboles, que me causaron varias heridas en la cara. Derramé tanta sangre en poco tiempo, que al querer ponerme en pie se me iba la cabeza, pero en aquel momento vi á Beatriz que venía galopando con su caballo por medio del bosque, seguida de lord Carnaby, que apenas si la podía alcanzar; venía ella sin sombrero, llena de barro por haberse caído del caballo, y con una cara tan pálida que parecía una muerta.

—Y estaba también más fría que un pepino, —me dijo Cothope después.

Este ayudante mío me dijo que Beatriz obró con gran energía y dijo que era preciso que me llevaran inmediatamente á casa de su madrastra, que estaba mucho más cerca que la mía.

V

En esta historia he dado un salto de cinco meses, de Junio á Octubre, en cuyo tiempo se desarrollaron mucho mis relaciones con Beatriz, á quien veía ahora con bastante frecuencia. Ella iba á Londres, París, Gales y Northampton de vez en cuando, pero cuando estaba con su madrastra en la propiedad que tenían cerca de la nuestra, hacía continuas escapatorias y venía á verme á mis talleres aeronáuticos. Unas veces venía por la mañana, otras por la tarde, unas á pie, acompañada de un hermoso perro de raza irlandesa, y otras á caballo. Muchas veces venía tres ó cuatro días seguidos, después desaparecía y no la veía en dos ó tres semanas, hasta que volvía á presentarse de nuevo.

Desde el momento que la vi esta segunda vez la encontré interesantísima. Para mí era un tipo femenino completamente nuevo, con lo que doy á entender que mis conocimientos sobre las mujeres eran muy limitados. Durante varios años me había

consagrado exclusivamente al estudio de las ciencias, sin pensar en nada que no fuera el trabajo, hasta que vi que los ojos de Beatriz me miraban con interés, se fijaban en mí, en mi trabajo y en todo cuanto yo hacía. Empecé entonces á pensar en ella, á soñar en otras cosas más bonitas, en todo lo que la rodeaba.

Creo que estaba enamorado de Beatriz; pero el estado en que me encontraba ahora era muy diferente del hambre apasionada que sentí por Marion ó el extraño deseo sensual que me entró por Effie. Estas eran cosas sinceras y egoístas, fundamentales é instintivas, tan sinceras como el salto del tigre. Pero en los asuntos de Beatriz había un espíritu imaginativo levantado, de calidad completamente diferente, se entiende hasta que no llegó la crisis. Estoy apuntando aquí con mucha gravedad, y acaso sea todo esto un verdadero absurdo, cosas que seguramente serán muy comunes para muchas gentes. Este amor que se despertó entre Beatriz y yo era puramente romántico, á lo menos así lo creo yo.

El efecto que causó en mí, en varios sentidos, fué el de volver á la adolescencia. Me abrió los sentidos para comprender mejor lo que son ciertos puntos del honor del hombre, y sentía grandes deseos por hacer cosas elevadas y espléndidas, y sobre todo alguna hazaña valerosa. En el fondo había algo de doblez; le dió á mi vida la cualidad del escenario, presentando un lado al auditorio y manteniendo el otro oculto, así como una economía de substancia. Pero en cambio me robó la cualidad de mi labor de gran paciencia. Dejé desde entonces de quebrarme la cabeza en las investigaciones científicas que venía practicando para volar por los aires.

Voy á explicar á ustedes ahora cómo ocurrió la declaración, que fué por cierto una cosa repentina. Era un día de verano, aunque, á decir verdad, no recuerdo en este momento, ni consta tampoco en mis

apuntes, si fué en Julio ó Agosto. Estaba yo haciendo ensayos de vuelo con un aeroplano que había construído que tenía la forma de un pájaro, con alas encorvadas, estudiadas por Lilienthal, Pilcher y Phillips, con el que esperaba yo vencer las dificultades de estabilidad que se me habían presentado con los anteriores modelos que había ensayado. Volaba yo por el espacio comprendido entre mis talleres y un punto llamado Tinker's Corner. Fuera de algunos árboles y arbustos que había en un extremo, lo demás del terreno estaba bastante despejado. Iba yo muy satisfecho de mi nueva máquina al ver lo bien que volaba, cuando de pronto vi á Beatriz que venía en su caballo en dirección á Tinker's Corner. Al verme me llamó desde lejos mientras ponía el caballo al galope, y el animal no tardó en llegar donde yo estaba, pero se vino á poner precisamente delante de mi máquina, que volaba muy baja en aquel momento.

Estuvo en poco que no nos hiciéramos trizas todos. No me fué posible manejar á tiempo la palanca para subir más y pasar por encima de la cabeza de Beatriz, que se tendió sobre el caballo para que no la matara, ni pude tampoco retroceder para tomar tierra antes de llegar á ella. Afortunadamente no hubo más que el susto que nos llevamos.

En cuanto me vi en el suelo me acerqué al caballo, que estaba temblando, y cogí á Beatriz en mis brazos, sosteniéndola en peso un momento, para bajarla de la silla.

— Con esas alas tan enormes, dijo ella, guardando silencio después.

Aún la tenía entre mis brazos, pero al ver que no hablaba, creí de pronto que se había desmayado.

— Han escapado ustedes por milagro, — dijo Cothope, que llegó en aquel momento donde nos hallábamos, mirando de reojo el grupo que hacíamos ella y yo. Cogió las bridas del caballo y dijo, dirigiéndose á Beatriz: — Es muy peligroso venir corriendo á campo traviesa donde nosotros estamos.

Beatriz, que estaba temblorosa, se separó entonces de mis brazos y se sentó en el césped.

— Me sentaré aquí un momento, — dijo.

Dió un suspiro muy prolongado y se tapó la cara con las manos. Cothope la miraba con expresión entre sospechosa é impaciente.

Permanecimos silenciosos y sin movernos de nuestro sitio durante algunos momentos, y entonces Cothope dijo que lo mejor sería que fuera á buscar agua.

En aquel momento se me ocurrió pensar que debía hacer el amor á Beatriz. No acierto á explicarme el por qué me vino este pensamiento en aquel instante, pero el caso es que vino. No recuerdo tampoco si antes de ahora había pensado yo en que nuestras relaciones de amistad vendrían por fin á parar en esto, pero no lo creo. El factor de la pasión vino de repente. Allí estaba ella acurrucada, yo á su lado de pie, ninguno de los dos decíamos una palabra. Pero parecía que de pronto habíamos oído los dos que nos gritaban desde el cielo.

Aun no había andado veinte pasos Cothope, cuando se descubrió la cara.

— No necesito yo agua, llámelo usted, — dijo ella.

VI

Después de esto cambió en seguida el espíritu de nuestras relaciones. La sencillez y facilidad de comunicación que había antes entre nosotros desapareció muy pronto. No venía á mi taller con tanta frecuencia, y cuando venía se hacía acompañar de alguno de su familia; por lo regular la acompañaba casi siempre el anciano Carnaby, que era el que sostenía la conversación. Todo el mes de Septiembre lo pasó ella viajando.

Poco después vino el cataclismo del globo lord Roberts Alfa, y me encontré de pronto con la cara

vendada en un dormitorio de la casa Bedley Corner, con Beatriz á mi lado, porque se había empeñado en que había de ser mi enfermera, y lady Osprey andando de un lado para otro muy extrañada de lo que veía, y mi tía celosa é interviniendo en todo.

Las heridas que me causé al caer hecho un lío con mi globo por entre las ramas de los árboles, aparentaban mucho pero no eran de gravedad, así es que al día siguiente podían muy bien haberme transportado á lady Grove, pero Beatriz dijo que de ningún modo, y me tuvo en su casa tres días. En la tarde del segundo estuvo amabilísima conmigo, y se sentó en una silla al lado de mi cama.

Aprovechando entonces la ocasión de tenerla tan cerca, le supliqué que se casara conmigo.

Comprendo que el momento no era muy oportuno para echar mano de la elocuencia. Tumbado boca arriba y con toda la cara vendada, apenas si podía hablar, y al hacerlo sentía bastante dolor en las heridas. Pero como por otro lado tenía gran impaciencia por declarar lo que sentía en mi pecho, me decidí á hacerlo.

—¿Se encuentra mejor?—me preguntó ella.

—Sí.

—¿Quiere usted que lea un poco para distraerle?

—No, lo que deseo es que hablemos.

—En ese caso yo le hablaré.

—Soy yo el que tiene que hablar.

Se puso de pie y me estuvo mirando un momento á los ojos.

—No, no quiero que hable usted,—dijo;—no le conviene hablar.

—Pero si nunca la veo sola, y sabe Dios cuándo se presentará otra oportunidad.

—No importa, yo le hablaré porque usted no puede hablar.

—Es muy poca cosa lo que tengo que decirla.

—Mejor será que no diga nada.

—No me voy á desfigurar por eso, porque en medio de todo, esto no ha sido más que un arañazo.

—Cuando le vi en el suelo creí que estaba usted muerto; y la verdad es que se ha salvado por un milagro, pues la caída era mortal.

Dijo otras varias cosas á las que yo no presté atención, porque estaba pensando por dónde empezaría yo mi declaración.

—¿Somos iguales usted y yo socialmente hablando?—dije yo de pronto.

Se quedó mirándome un momento.

—Qué preguntas más extrañas hace usted,—contestó ella.

—¿Pero lo somos, sí ó no?

—Sabe usted que es algo difícil poder contestar á eso. ¿Pero por qué lo pregunta? La hija de un barón cortesano, pero de muy mala reputación, que murió hace ya tiempo, es la que tiene usted delante. ¿Sería esto una dificultad?

—No, y lo que deseo saber ahora es si está usted dispuesta á casarse conmigo.

Se puso de pronto algo pálida, pero no dijo nada. Yo comprendí que era preciso hablar más para convencerla, y empecé á separarme las vendas con fuerza.

—¿Pero qué hace usted, insensato? ¿para qué se incorpora? ¡déjese caer otra vez en la cama y no haga ningún disparate!

Al decir esto arregló la almohada y me empujó con suavidad para que volviera á dejarme caer en la cama.

—Ya le he dicho á usted que se esté calladito, que no le conviene hablar; ¿por qué no me obedece?

—Durante todo un mes no ha querido usted venir sola á mi taller, como hacía antes.

—Ya me parecía á mí que se fijaría usted en eso. Quite la mano de ahí.

Obedecí y se sentó en el borde de la cama. Se había puesto muy encarnada, y sus ojos le relucían mucho.

—Le he suplicado varias veces que no hable.

Mis ojos le interrogaron entonces.

Me puso la mano en el pecho y principió diciendo:

—¿Y cómo es posible que pueda yo contestarle ahora? ¿Qué voy á decirle?

—¿Qué dice usted?—pregunté yo extrañado.

A esta pregunta mía no contestó.

—¿Quiere decir que me va á decir que no?

Hizo una afirmación de cabeza.

—Pero...—y me quedé sin saber por dónde salir, porque parecía que el mundo se me venía encima.

—Lo comprendo,—dijo ella, dando á entender que veía lo que me pasaba;—pero no puede ser, es imposible, completamente imposible... ¡Pero tenga las manos quietecitas!

—Acaso cuando nos volvamos á ver otra vez...—dije yo.

—No puedo casarme, no se empeñe usted, es imposible.

Se puso entonces de pie.

—¿Pero por qué ha hablado usted? ¿no le dije á usted que no hablara?—dijo en tono de gran amargura.

—¿Pero se puede saber por qué no puede usted casarse? ¿Es por alguna circunstancia de su posición social? dígame á lo menos algo.

—¡Y dale con la posición social!—exclamó ella.

Se acercó á la ventana inmediata á mi cama y estuvo un momento contemplando la lluvia que caía sin cesar. Durante un buen rato ninguno de los dos hablamos una sola palabra. El viento y la lluvia azotaban los cristales, y de pronto se volvió á mí, diciéndome:

—Ni se le ha ocurrido á usted siquiera preguntarme si le amo.

—Ahora lo comprendo; por eso no puede usted casarse, porque no me ama.

—No es eso,—contestó ella.—Pero si se empeña usted en saberlo...

Al llegar aquí se detuvo.

—Se lo diré,—dijo.

Nos quedamos los dos mirándonos.

—Sí, se lo diré con muchísimo gusto,—volvió á repetir.

—¿Entonces por qué me hace usted sufrir?—pregunté yo.

En vez de contestarme, se fué al otro extremo de la habitación donde estaba el piano, y se puso á tocar muy deprisa, pero sin producir mucho ruido, una parte del último acto de Tristan é Isolda, pero al momento se levantó y salió fuera de la habitación...

Al poco rato volvió á entrar, y me encontró medio vestido, con el vendaje de la cara desatado, dando vueltas por la habitación, buscando las demás prendas que me faltaban. Estaba yo en un estado de verdadera desesperación, tenía tal hambre de Beatriz, que me la hubiera comido á besos, y al mismo tiempo me sentía sin fuerzas para disimular el estado en que se hallaba mi espíritu. Me había incomodado yo mismo por haber estado luchando largo rato para meterme los pantalones á ciegas, cayendo con la precipitación sobre una silla para que no me viese mi enfermera en aquella facha tan ridícula si entraba de pronto en la habitación; pero como sucede siempre en estos casos, cuanto más deprisa quería ir más tardaba en vestirme.

Me parecía á mí que vestido me atendería más que metido en la cama, y por esto lo hacía, porque deseaba que me oyese, aunque no fuera más que un momento; pero al ver que no encontraba mi chaleco y americana, volví á meterme en la cama...

Beatriz volvió á entrar al poco rato y se acercó á mí para preguntarme si me encontraba mejor.

—¿Cómo va eso?—me dijo.

—Participo á usted que no me doy por vencido,—le dije en tono quejumbroso de niño.—Pronto estaré bueno, si Dios quiere, y entonces deseo que me oiga, porque podré explicarme mejor; ahora

no puedo hacer nada, nada absolutamente.

Estas últimas palabras las pronuncié medio lloriqueando.

— No puedo descansar, ya lo ve usted, no puedo estar tranquilo, no puedo hacer nada en el estado en que me hallo.

Se volvió á sentar á mi lado y me habló muy sosegadamente y con mucha dulzura.

— Le prometo que hablaremos todo lo que usted quiera cuando se encuentre bien. En su día le diré dónde podremos vernos para hablar con tranquilidad; ahora sea usted obediente y estése ahí quietecito, que ya se lo he dicho media docena de veces. Todo lo que usted desee saber de mí lo sabrá, yo se lo prometo... ¿Está usted contento?

— Sí, muchísimas gracias, pero quisiera saber...

Volvió la cabeza para ver si la puerta estaba cerrada, se levantó y fué á encajarla más, y volviendo á mi lado, acercó mucho su cara á la mía, y empezó diciéndome con voz muy bajita y sumamente suave.

— Sí, yo te amo con delirio, vida mía. Si no has de ser feliz más que casándote conmigo, nos casaremos, no te apures por eso; si tú eres mi príncipe, mi rey, mi alma entera eres tú, ¿por qué no me he de casar contigo? Perdóname, estoy loca; las mujeres muchas veces decimos que no cuando queremos decir que sí; pero yo ahora te digo: sí, sí, sí, quiero... Ni besarte siquiera puedo; pero dame tu mano, te la besaré, y queda entendido que desde este momento soy tuya, somos el uno del otro, como si estuviésemos ya casados cincuenta años. Aquí me tienes; Beatriz es tu mujer. ¿Tienes bastante con eso? ¿Podrás descansar ahora?

— Sí, — contesté yo; — ¿pero por qué...?

— Hay complicaciones. Hay dificultades. Cuando estés completamente restablecido, lo sabrás todo. Pero ahora mucho cuidado con hablar una sola palabra de este asunto; hay que guardar el secreto; ¿me lo prometes?

— Te lo prometo, Beatriz; pero ahora desearía darte un beso.

Ladeó al momento su cara, y la tuvo en aquella posición durante un ratito; ella me besó la mano.

— Me importan poco las dificultades que haya, — le dije, y cerré los ojos.

VII

Había cosas en Beatriz que no acababa yo de entenderlas por más que pensaba y repensaba en ellas. Al volver á mi casa, una semana después, pasaron varios días sin que pudiera yo saber dónde estaba, pero después vino á verme, acompañada de lady Osprey, y me traía un ramo de flores algo mustias, y mi tía me dijo al verlas que eran las mismas que estaban en mi cuarto. No pude en aquel momento hablar con ella á solas, y nos dijo que se marchaba á Londres, donde pensaba permanecer algunas semanas. Me escribió alguna que otra carta de amigo, pero en un sentido tan enigmático, que ni remotamente se podía traslucir nada de lo que existía entre los dos.

Yo en cambio le escribí una carta — la primera — de verdadero enamorado, y á los ocho días me puso dos líneas diciéndome: «No puedo escribir; cuando nos veamos hablaremos. ¿Te encuentras mejor?...»

Estas cosas me desesperaban á mí, pues como la quería tanto y esperaba con tanta impaciencia que llegase el momento feliz de no separarme de su lado, al ver estas salidas suyas me hacía pensar en que se estaba burlando de mí y que todo había sido pura broma.

Al volver de Londres no se dejaba ver nunca sola; siempre iba acompañada de Carnaby que me miraba con cierto recelo; había para volverse loco, no podía yo aclarar el misterio, porque era indudable que había misterio en todo aquello. ¿Qué fuerzas serían aquellas que la separaban de mí cuando se veía

claramente que me amaba? ¿Pensaría casarse con él? ¿Habría venido yo á estropear algún plan formado ya de tiempo? Los días iban transcurriendo poco á poco, y la cólera se iba entretanto acumulando en mi pecho.

Todo esto se mezcla con la construcción del globo lord Roberts Alfa. Cuando aún me hallaba herido en Bedley Corner, lo ideé una noche que no podía dormir. Concebí este segundo globo dirigible de una manera grandiosa; tenía que ser tres veces mayor que el anterior, podría llevar tres personas, y sería una vindicación triunfal de mis pretensiones sobre el dominio del aire. A mi ayudante Cothope le hablé mucho de este proyecto mío, del resultado que daría y de otras varias cosas que yo esperaba conseguir. Pero los trabajos adelantaban muy poco, y no adelantaba por la sencilla razón de hallarme yo en aquel estado de espíritu tan inseguro; no podía vivir tranquilo ni hacer nada con sosiego. A veces se me ocurría de pronto marchar á Londres para ver si podía hablar con Beatriz, otras me dedicaba á hacer ejercicios arriesgados, que era en lo único que encontraba distracción. Y para que no faltara nada, empezaron por aquellos días los periódicos á hablar del estado de inseguridad de los negocios de mi tío; la gente principió á dudar y á hacer preguntas por medio de la prensa. Fué aquel el primer estremecimiento de su tremenda inseguridad, la primera sacudida del crédito gigante de que había gozado durante tanto tiempo.

Hubo muchas idas y venidas. Transcurrieron los meses de Noviembre y Diciembre, y á todo esto yo no había podido ver á Beatriz nada más que dos veces, y deprisa y corriendo, porque se iba escondiendo y estaba como asustada. La escribí varias cartas, y ella me contestaba siempre con excusas y evasivas.

— No comprendes. Ahora no puedo darte explicaciones. Ten un poco de paciencia y confía en mí.

Esta era su manera de escribir; siempre salía con la misma historia.

Tanto llegó á desesperarme este laconismo suyo, que todo lo que pensaba lo decía en alta voz andando de un lado para otro por mis talleres donde construíamos el segundo globo lord Roberts Alfa.

— ¿Por qué no eres franca conmigo? — recuerdo que le decía en una de mis cartas. — ¿Por qué no me explicas el secreto? Si lo haces, verás qué pronto quedan arregladas todas las dificultades.

Ultimamente me puso tan nervioso, que me dejé de súplicas y contemplaciones; adopté una línea de conducta con ella tan arrogante y ultrajosa, que parecía que estábamos viviendo los dos en un melodrama.

— Tienes que venir en seguida para darme explicaciones, — la escribía yo, — ó de lo contrario, iré por ti, porque te necesito, y el tiempo va pasando más deprisa de lo que tú crees.

Tanto la fuí acosando, que por fin se cansó y me dijo que no me hablaría más.

— ¡Pero dime á lo menos qué dificultades son esas! — exclamé yo desesperado. — ¡No hay dificultad en el mundo que no pueda yo vencer por ti! ¿Es que tu familia cree que no soy bastante para ti? Si lo cree así, dímelo, ¡y en cinco años te prometo que tendré un título de nobleza!...

Aquí me tienes hecho un hombre; me has visto crecer, y deseo ahora hacer algo que te entusiasme; ¿quieres que me bata por ti?...

Soy rico sin haber ido en busca de riquezas, pero si no te satisface esto, dime lo que deseas, que soy capaz de poner á tus pies toda esta vieja y podrida Inglaterra.

Todas estas cosas y otras muchas más le decía yo. Las escribo aquí con todo su orgullo bajo y resonancia. Decía estas vaciedades y tonterías tal como las sentía, porque formaban parte de mí mismo.

Otras veces dejaba el tono fatuo y la emprendía con las acusaciones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

— Oye, Beatriz, ¿pero es que crees que tu Carnaby vale más que yo?

— ¡Eso no! — contestó ella al verse obligada á decir algo.

— Quizás te hayas figurado que somos gente insubstancial. Puede ser, que hayas dado oídos á todos esos rumores que corren promovidos por Boom, porque en los diarios hemos hablado de nosotros mismos. Cuando seas mía te convencerás de que soy todo un hombre... Todo eso que se dice de nosotros no son más que mentiras. Me he abandonado bastante, es verdad; pero verás tú ahora con la fe que voy á trabajar, pues tenemos un proyecto de expedición entre manos, en el que yo he de representar el principal papel...

Con su mirada me suplicaba en vano que dejara ya de ponderar las cualidades que ella era la primera de admirar en mí.

Recuerdo que en aquella noche no pude pegar los ojos, pensando en tanta vulgaridad como había dicho durante nuestra conversación. No acertaba yo á explicarme el giro tan extraño que habían tomado en poco tiempo mis ideas. Al día siguiente me decidí á pasar por el despacho de mi tío para que me dijera la verdad respecto á los rumores que corrían de sus negocios comerciales.

Llegué á Hardingham á través de una densa niebla que cubría todo Londres, y á los diez minutos de hablar con mi tío me quedé como si acabase de despertar de un hermoso sueño en un cuarto inhospitalario y frío.

CAPÍTULO IV

Explica como robó de la isla Mordet los montones de quap

I

—¡Es preciso luchar, hay que conseguirlo! — dijo mi tío.

Recuerdo muy bien que cuando más le miraba aquel día más señales de amenazadora ruina descubría en su casa. Había envejecido en pocos días considerablemente; aquella cara suya, tan llena y reluciente pocos días antes, la veía yo ahora arrugada y floja, casi le colgaba la carne. La decoración del despacho había perdido también su alegría y frescura; todo me parecía más obscuro que la niebla de la calle.

—He visto un suelto en un periódico que habla de nosotros, — dije yo.

—De Boom seguramente. ¡Maldito sea mil veces él y su periódico!, — contestó él. — Se ha empeñado en echarme á pique. Desde que prometí comprar el *Daily Decorator*, la tomó conmigo.

— Bueno, ¿pero qué es lo que hay que hacer? — pregunté yo.

— Pues seguir tirando; á Boom lo he de aplastar yo todavía, — dijo mi tío en tono de ira.

—¿Nada más que eso? — le pregunté.

— Seguiremos defendiéndonos. Ha habido mucha